

## CAPITULO NOVENO.

## EL EDICTO.

## I.

El cuerpo diplomático se espantaba de su obra.

El emperador tenía sobre su cabeza la espada de Damocles. Márquez no estaba menos temeroso que su señor.

Publicó una proclama haciendo ostentación de sus sangrientos antecedentes, y un bando en que se traslucía el pánico que lo influenciaba.

He aquí los artículos de ese célebre edicto:

“Art. 1.º El toque de alarma para la ciudad, lo anunciará la esquila mayor de Catedral, que sonará por espacio de diez minutos.

Art. 2.º Al sonar dicho toque, todos los habitantes de la ciudad se retirarán á sus casas y permanecerán en ellas con las puertas cerradas, sin volver á salir ni asomarse á los balcones, ventanas y azoteas hasta que cese la alarma, lo cual será anunciado en Catedral por un repique de igual tiempo con la campana mayor.

Art. 3.º Todo individuo, sea cual fuere su categoría, que de cualquiera manera infrinja el anterior artículo, será castigado gubernativamente, según las circunstancias de la falta.

Art. 4.º En consecuencia, la fuerza armada que estará situada convenientemente para la seguridad de la población, tendrá orden de reducir á prisión á los culpables, haciendo uso de la fuerza si fuere necesario.

Art. 5.º De la misma manera serán entregados y consignados al tribunal que corresponda, los individuos que se armen sin conocimiento de este cuartel general; que disparen una arma de fuego ó causen alarma por medio de alguna detonación; ejecuten cualquiera demostración de hostilidad; que viertan palabras subversivas; que levanten la voz con gritos alarmante ó sediciosos, ó que de cualquier modo promuevan el menor desorden.

Art. 6.º Inmediatamente que se dispare una arma de fuego ó se oiga alguna detonación, la fuerza armada se presentará en la casa donde haya salido el tiro ó producido la detonación; la puerta se abrirá de grado ó por fuerza, el culpable será aprehendido, y si no se encuentra, *todos los habitan-*

*tes de la casa* serán castigados conforme al art. 3.º, de este bando.

Art. 7.º Desde el momento en que se anuncie á la ciudad que ha cesado la alarma, todos sus habitantes quedan en libertad para abrir sus puertas, salir á la calle y ocuparse de sus negocios con sólo la circunstancia de no cometer ningún desorden, porque en caso de hacerlo será reprimido como queda aquí expresado.

Dado en el cuartel general de México á 5 de Febrero de 1867.”

Este documento es curioso, porque es la historia sombría de la situación desesperante en que entraban los hombres de la intervención y de la monarquía.

## II.

Los conservadores estaban asustados hasta el terror.

—¡Esposa mía! exclamaba el señor de Fajardo, no percibo la razón total de ese bando.

—Yo sí, los disidentes son capaces de hacer una de las suyas en la ciudad, y se hacen de todo punto necesarias estas disposiciones.

—Ahora me alegro de no haberme mezclado en la política.

—¡Puf! dijo Doña Canuta, ¡qué hombre tan descarado!

—A tí te consta, Canuta, que yo siempre he sido republicano en el fondo, una cosa es que no me gusta las *exajeraciones*, y otra que no sea liberal.

—¿Y la Cruz de Guadalupe?

—La recibí en memoria de la Virgen y no por ostentación ni adhesión á la intervención.

—¡Esto si me hace hervir la sangre de rabia!

—Yo quiero al señor Juárez por su firmeza, ese hombre es de mi cuerda, yo soy así, ya me conocen, esposa mía.

—Lo que conozco es que no tienen un ápice de vergüenza.

—¡Conuta! ¡Canuta!.....yo le referiré al señor presidente el día del triunfo, que me parece no estar lejano, la guerra intestina que tengo que sostener por mis ideas republicanas.

—Estos liberales de última hora me revientan.

—Pues estalla, querida mía, porque yo soy demócrata y casi *chinaco*.

—¡Calla, monstruo infernal!...¡Calla rinoceronte!.....¡eres un camello, un hipopótamo!.....

—¡Es tu boca una jaula de fieras, esposa mía!

Yo nunca abdicaré de mis ideas y propensiones monárquicas.

—¡Me alegro!.....mira lo que resulta de abrigar á un solo francés en una casa, al pobre Cantoya le roban algunas horas á su esposa, á Don Alfonso se le escapa su hija Clara, y esa joven Guadalupe que tenfa en depósito. Ese infeliz padre está hundido en la amargura, vamos, sobre que los desengaños me han vuelto al carril republicano.

—¡Eso es horrible, esposo mío!

—Sí, abominable, cada día amo más á nuestra hija.

—¡Oh! Luz, no me habléis de ella, soy capaz de llorar, esa niña es mi vida.

—Y la casará usted con quien le diere la gana; ya lo oye usted, señora! se casará con el señor general Fernández; yo lo mando, ¿eh?

—¿Quién te contradice, hombre estúpido?

—No me replique usted, se casará y se casará dos veces, civil y eclesiásticamente, y si dispone el soberano congreso que haya un tercer matrimonio, tanto mejor y.....¡Dios mío! ¡ese es el repique! ¡ya llegan! pon cortinas, esposa mía!

—¡Hombre! si repican por el circular que está en San Juan de Dios.

—¡Ah! ya, eso es otra cosa, creía que el bando se iba á poner en vigor.

Doña Efigenia y el señor de Cantoya se presentaron en la escena.

—Efigenia, decía Doña Canuta en voz baja á su amiga, cuéntame tu aventura.

Doña Efigenia puso los ojos en blanco, y dijo con voz doliente:

—¡Ay! la Francia es *Charmant* verdaderamente *espiritual*.

—Me dijeron que ibas en el carro de la cebada.

—Iba disfrazada de *cantinier*. ¡oh! la *cantinier*!

—¿Y cómo te arrancaron de los brazos del alférez Poleón?

—Por *barbarité*, por *estupideté*.

—¿Sería un lance terrible!

—¡*Afreux! mon Dieu.....! mon Dieu!* Mi adorado Poleón me raptó cuando estaba *cloroformizada* con su amor.....¡*amour!*.....¡*amour!*.....! llegamos al cuartel, los soldados me saludaron militarmente, yo era *leuteniana*, es decir *tenienta*, como dicen ustedes en castellano.

—Hija mía, estás completamente afrancesada.

—La.....la.....

—¿Ya solfeas?

—Descara tomar la *copit*, Canuta de *moá*.

—¿Has tomado la costumbre del ajeno?

—*Oui*.

—Bien, cuéntame la manera con que tu esposo te sorprendió.

—*Cantollet*, es decir, Cantoya, se acercó al carro en que yo estaba *assellé*, y me dijo con voz alagüeña: "Bájate, amiga mía, no conoces la vergüenza, ese *mari* es un *cafré*." Me condujo después á la *maison* y.....*tabló*

—Quedo enterada, dijo Doña Canuta y se dirigió al comedor con la señora Cantoya.

## III.

—Estamos perdidos, señor Fajardo; yo vengo á que usted me dé un consejo, tiemblo como un azogado.

—¿Yo?.....no me ocurre qué decir á usted.....se ha comprometido imprudentemente con los intervencionistas.

—Yo no puedo revelar á ustedes el secreto de mi conducta, puedo comprometerme, más tarde entraremos en explicación que dejarán satisfecho á todo el mundo; el Sr. Juárez.....

—¡Hable usted, por Dios!

—Yo prometo proteger á mis buenos amigos.

—Yo tiemblo como un azogado; usted ignora que Porfirio Díaz, después de sus victorias en Oaxaca, Miahuatlán y la Carbonera, se dirige sobre la capital y ha llegado á Apizaco.

—¡Ah! sí, ya estoy al tanto, me ha escrito ese muchacho, vamos, si Porfirio es un calavera, que ganas tengo de darle un abrazo.

—Pero, hombre, ¿de dónde conoce usted al general Díaz?

—Yo lo he visto desde que tenía seis años, y él me quiere mucho, eso es otra cosa, ha salido valiente el muchachuelo.

—¿Luego usted podrá presentarme al general?

—Pierda usted cuidado.

—Yo estoy aturdido, Juárez ha entrado á San Luis.

—Sí, Benito no se ha portado mal, y lo que vamos á reír cuando le cuente mis aventuras!

—Corona y Régules marchan para Querétaro.

—¿Qué campechano es Régules! no me olvidaré de obsequiarlo con vinos de la Península; ¡cuántas veces los hemos tomado juntos!

—¡Pero usted está en comunicación con los jefes principales!

—Sí, señor de Cantoya, así, así.....no hay que alabarse.

—Eso habla con ustedes los intervencionistas.

—¡Y con usted, que ha sido el primero de ellos!

—Hombre, no se exalte usted, porque si nos rompemos, no hay nada de lo dicho.

—Yo sudo como en la Tierra Caliente; y ahora que hablamos de eso, el general Jiménez ya está con Porfirio Díaz

—Buen chico es Jiménez, voy á buscarle un machete suriano, estoy seguro agradecerá el obsequio de su antiguo amigo.

—Señor Fajardo, ¿y á dónde ó de dónde conoce usted á Jiménez?

—¡Qué ignorante es usted!

—Responda usted categóricamente.

—Jiménez es tío de Altamirano, Altamirano es discípulo de Lacunza, Lacunza es mi amigo, luego se infiere rectamente que Jiménez también lo es.

—Hombre, no había caído, tiene usted razón que le sobra. Ocupémonos de algo serio; ¿ha hecho usted acopio de provisiones?

—¿Para qué?

—Para el sitio que se prepara.

—Usted sueña; luego que el emperador, como ustedes le llaman, salga, la ciudad se pronunciará por la República, y no habrá tal sitio.

—Señor de Fajardo, S. M. sale mañana para el Interior, quiere desalojar á Juárez de San Luis, abrir la campaña del Norte, del Oriente, del Occidente, del Nordeste y Suroeste.

—Son muchas aperturas, amigo mío temo que las puertas del imperio sean las que se cierran para los monarquistas.

—Ya en Tlalpám están los disidentes, y en los pueblos todos de los alrededores comienza á escacear el maíz y los comestibles.

—Señor, dijo una criada, el teniente Estrada, que se desapareció con el espadín y el mosquete, quiere hablar con usted.

—Que pase.

La criada salió inmediatamente.

—Señor de Cantoya, dijo el diplomático, usted va á ser mi compañero, conspiremos juntos.

—¡Ave María Purísima!

—No se asuste usted, es necesario ser liberal de última hora, la balanza está inclinada.

—Bien, conspiremos, pero que no lo sepa nadie ni nos escuche una mosca, ni nos perciba.....

--No sea usted timorato.

## V.

El teniente Estrada todavía en peores trazas de las que e conocimos, se presentó á Don Modesto en busca de una nueva explotación.

—Mi coronel, buenas días, dijo el gangoso pasando la esponja de su adulación por la peluca del diplomático.

—¿Qué se ha hecho el teniente Estrada durante tantos años?

—Mi coronel, he corrido muchas aventuras, muchas pobreza, estoy azotado de la suerte.

—Y muy azotado, contestó el diplomático.

—Quiero que me habilite usted de ropa porque estoy *distraído*, después le revelaré un plan magnífico que traigo entre manos.

—Bien; cuente usted con una muda de ropa, y hable usted con franqueza delante del señor, es de los nuestros.

—Yo.....sí.....la.....

—¿Otra vez la solfa?

—Es que yo no quiero que ustedes se comprometan, dijo temblando Cantoya, por mí, yo tengo un valor á toda prueba.

—Lo necesitamos en todos momentos; usted está á propósito para el plan que les voy á contar.

—Hable usted, hombre de Dios.

—El momento ha llegado de tomar parte por la República, dijo el gangoso; al imperio se lo lleva el diablo.

—Eso pensábamos hace un instante.

—Yo cuento con los barrios para un movimiento.

—Yo también soy muy popular.

—Sí pero no conoce usted á la gente.

El diplomático se sonrió como diciendo: "este hombre no sabe lo que se pesca."

—Ahora que la ciudad va á quedar sola aprovecharemos el momento, y proclamaremos la República, nos haremos de los fondos públicos, y entregaremos la situación á Porfirio Díaz; pero se necesita un golpe de audacia.

El señor Cantoya se puso descolorido, y dijo temblando:

—Este O' Horán, que va á quedar al frente de México, comete una barbaridad con nosotros si fracasamos.

—Yo conozco estos negocios, señor general.

—No, yo no soy general ni tengo grado alguno en el ejército.

—Eso no importa; como usted ha de tomar la Ciudadela, allí le daremos su faja verde.

El señor de Cantoya se sintió agonizar; ya se le figuraba caminar solo sobre la fortaleza y recibir el fuego mortífero de los cañones.

—Vean ustedes, decía, yo tomaré otro punto que no sea la Ciudadela, aquel sitio es inexpugnable.

—Amigo mío, la estrategia todo lo vence; además si usted muere le haremos una honras magníficas.

—Es mejor que no me las hagan, yo me ocuparé de los legajos de la Secretaría.

—Ya veremos, dijo el teniente Estrada.

El señor de Cantoya juraba en su interior no volver ni á saludar á Don Modesto.

El gangoso continuó:

—Toda la combinación consiste en una friolera; con doscientos pesos que se le den al oficial de la guardia, quedamos apoderados de la Ciudadela, marchamos sobre la Acordahada, tomamos por el flanco á San Diego y la Santa Veracruz, después la Minería, y tenemos en jaque á Palacio, que cairá á los primeros disparos.

—Sí el señor de Cantoya, dijo el diplomático, quiere sorprender con una pistola al centinela de Palacio, es cosa de un momento.

—No, no, yo no puedo sorprender á nadie, yo no he sorprendido si no á mi esposa en el carro de la cebada; pero eso era otro asunto muy diferente.

—Allí desplegó usted un valor heroico se paró usted frente á frente de un cazador de Africa.

—Afortunadamente no estaba allí, pero vamos al asunto: yo no sé manejar una pistola, ni asaltar trincheras, conque, ocúpeme de otras tareas menos guerreras.

—Bien: usted notificará á O. Horán que todo ha concluido, que se retire porque la revolución va á estallar.

—Vean ustedes eso es más peligroso aún, ese hombre me espabila de una bofetada ó me fusila como al boticario de Tlalpam.

—No sirve usted para conspirador, dijo Estrada.

El señor de Cantoya contestó:

—Soy de la misma opinión; pero estando quí el señor de Fajardo no se rehusará aceptar la gloriosa empresa de la toma de un cuartel ó de una torre.

No hay inconveniente, amigo Cantoya, yo ya estoy fogueado; con diez mil hombres que estén á mis órdenes, verá usted todo lo que hago.

Yo atacaré, dijo el gangoso, porque tengo buena gente en los arrabales de la Palma, Son Sebastián y San Pablo; á una hora dada puede usted ponerse á la cabeza de la revolución.

Señor teniente, yo no marcharé sin la correspondiente dotación de artillería.

—Todo lo tendremos, mi coronel.

—¿Y esto lo ha comunicado usted á alguien?

—No, mi coronel, solo lo sabemos yo, los oficiales de guardia y los capataces de los barrios.

—¡Estamos perdidos! exclamó Cantoya.

—Yo soy de pecho, replicó el teniente, nada hay que temer, el imperio está caído, ahorcaremos dos docenas de imperialistas en los faroles, saquearemos varias casas, entre ellas la del

conde de Heras, que nos llamó *mestizos*; veremos á que raza pertenecen las piedras que arrojemos á sus balcones.

—Señor teniente, no hay que burlarse de las razas, esas observaciones son justas, aunque irracionales.

Permítasenos un paréntesis.

El conde de Heras es un hombre de instrucción y capacidad, pero que ha delirado al tratar la cuestión de razas.

El periódico festivo *La Orquesta*, tomó por su cuenta la obra de Pimentel, y la hizo pedazos.

El conde se montó en ira, como era de esperarse, y al verse en *caricatura*, fué á insultar á los redactores; estos le enviaron sus *padrinos*, los que fueron recibidos por una patrulla de lacayos, á cuyo frente se hallaba el hermano del escritor.

Atropeliando las leyes de la caballería y del honor, dieron sobre los padrinos, que lo eran Manuel Villegas y Camilo Rosas Landa.

Defendiéronse como pudieron de tan villana agresión, y retaron á su vez al señor conde.

Agustín del Río y el autor de este libro por la parte de Rosas Landa y el coronel Lachair por la de Pimentel, arreglaron el duelo, que se verificó el 16 Septiembre de 65.

¡Aquello era una festividad nacional!

Un republicano frente á frente de una monarquista.

Dió principio el combate, á espada.

Duró algunos minutos.

Rosa Landa dió una estocada en el brazo derecho al conde, y el duelo quedó terminado.

Era necesario que el coronel francés viera que los republicanos tenían honor, y el valor suficiente para retar á un enemigo que se hallaba en el auge de su poder.

Lucha en el campo de los imperiales cuando se está proscrito, habla muy alto en favor de los que arrostran los peligros que se ponen á su paso, cuando se trata de cuestiones en que hasta cierto punto está herido el sentimiento nacional.

A Villegas se le dió una amplia satisfacción.

El 16 Septiembre quedó solemnizado debidamente y en toda forma.

—Conque al grano, prosiguió Entrada: necesito los doscientos pesos para el oficial cohechado.

—Hombre, ¿no querrá defecionar más baratito?

—Se ha fijado en esa cantidad, y nadie lo sacará de ahí.

—Pues yo no tengo reunida toda esa cantidad.

—Le llevaré algo en cuenta de la defeción.

—Bien: le entregaré catorce pesos; después del movimiento se le dará el resto.

—Está bien, quedan ustedes esperando: á las doce de la noche oirán un cañonazo, esa es la seña, la mecha estará encendi-

da, no permita usted mi coronel, que salga el señor Cantoya, va á ser nuestro caballo de batalla.

—Caballero, ese papel de animal yo nunca lo he desempeñado, además, yo tengo una ocupación y la hora es sumamente avanzada; si el movimiento fuera más temprano, podrían conectar conmigo, yo las noches las consagro á la familia.

—La independencia es primero.

—Sí, pero la independencia, de día.

—Mi coronel hará lo que mejor le parezca y me dará el santo y seña.

El diplomático puso en un papel: "Mosca" "Quiropedista," y lo entregó al gangoso en cuyos ojos brilló un relámpago de satisfacción.

Don Modesto le entregó candidamente los catorce pesos y se despidió de su antiguo compañero de revolución.

## VI.

Estamos arreglados, amigo Cantoya, decía el señor de Fajardo frotándose las manos, este teniente Estrada lo entiende, está ramificado, es el génio de la conspiración.

—¿Pero usted se atreverá á levantarse contra S. M. y sobre todo, á dar de pedradas á las casas de los condes?

—Yo precisamente no, las chusmas se encargarán de esa operacioncilla.

—¿Y no teme usted nada?

—Absolutamente nada, conozco á mi gente; esos catorce pesos me van á hacer feliz, felicísimo voy á ser el héroe de la función.

—¿Y si fracasa la revolución?

—Ahorean al teniente Estrada y todo queda concluído.

—Es buen modo de redondear el expediente.

—Con que amigo, disponga usted sus armas, haga usted una proclama y la corregiremos mientras llegan las doce de la noche y suena el cañonazo.

## VII.

—¡Cantollet! ¡Cantollet! gritó la obesa dama.

—Ha dado esta infernal mujer en afrancesar mi nombre, señor de Fajardo.

—Vea usted que importunidad, cuando ya el ejército expeditivo va tomando transportes para su patria.

—Alons, dijo Doña Efigenia entrando en el aposento.

—Esposa mía, yo no sé ese idioma maldito.

—Es necesario ser que mexicano, para tener de ignorarlo.

—Eso lo entiende menos.

—Yo tengo la *habitud* de no hablar que francés.

—¿Todo eso quiere decir que nos vayamos? no hay más que ponerse en marcha, andando, Efigenia, andando.

—Adiós, munsieur Don Modesto.

—Modesto á secas, señor.

—Yo *parlo* sin hacer la reflexión.

—En cambio, deshaces el español, pensó Don Modesti.

—Yo no soy que una servidora de vá.

—Me tiene usted á sus pies, señora.

—Beso la *men*, munsieur.

¡Pobre Cantoya con ese saco de disparates! exclamó el diplomático luego que la pareja hubo desaparecido haciendo Doña Efigenia la última caravana.

## VIII.

—Estoy aterrada, decía Doña Canuta, me parece que el mundo se viene abajo.

—¿Abajo de donde?

—No importa, la revolución se presenta terrible.

—Mejor.

—¿Hombre, has perdido el seso? las guerrillas tirotean las garitas.

—Mejor que mejor.

—¿Si entran, qué va ser de nosotros?

—¿Quiénes somos nosotros?

—Tú, y todos nuestros amigos.

—En cuanto á eso, no siento la menor inquietud, tengo algo preparado para sorprenderte.

—Estás hoy más irracional que de costumbre, contestó toda alterada Doña Canuta.

—Retírate, replicó el diplomático, retírate que tengo un negocio que despachar y necesito estar solo.

La señora Fajardo, temblando de rabia salió de la sala como una hidra.

Don Modesto se puso á pasear á grandes pasos soñando en que el teniente Estrada sería capaz de armar una camorra.

El diplomático ignoraba que en las últimas baqueadas de un gobierno, notan las conspiraciones y caen los incautos en las redes de la explotación.

El deseo de quedar bien puesto en la administración liberal, hacía á Don Modesto cometer barbaridad y media.

En otras circunstancias se hubiera reído de los planes del espíritu, se acepta lo más irrealizable.

Don Modesto esperó la noche, hizo que su familia se recogiese, y aguardó en la sala, cuyos balcones daban para la calle.

Apagó la luz y se asomó á los cristales.

Eran ya tres cuartos para las doce.

Unos enzarapados comenzaron á rondar la casa del diplomático.

—Ya se juntan, ya se juntan, murmuraba Don Modesto.

Repentinamente un grupo de hombres bajó por la escalera de la azotea é invadió toda la casa.

Doña Canuta en paños menores salió dando gritos horribles.

Luz callaba de terror.

El diplomático temblaba como un paralítico.

Uno de los hombres que habían asaltado la casa, le puso una pistola al pecho á Don Modesto y le dijo: dése usted por preso.

Don Modesto respondió todo despavorido:

—Estoy dado.

—Calle usted, señora, no somos ladrones; yo soy el jefe de la policía secreta.

Don Modesto se estremeció.

—Me va usted á seguir.

—Al momento; pero retire usted esa pistola.

El jefe comprendió que aquel hombre no era peligroso, y mandó que todos se retirasen, que el señor Fajardo iría solo con él.

—Mañana veré á S. M., decía Doña Canuta, mi esposo es caballero de la orden de Guadalupe, y padre de una dama de S. M. la Emperatriz.

—Es la orden, dijo el jefe.

—No quedará esto impune, yo lo juro.

—Vamos, señor Fajardo.

El infeliz diplomático no volvía en sí de su espanto, cuando ya iba en camino para la cárcel llamada la Martinica.

Todo esto provenía de que el teniente Estrada, colérico por no haber conseguido sacar al diplomático los doscientos pesos, se había dirigido á la comandancia y había denunciado á Don Modesto, entregando el papel con el "santo y seña" escrito de puño y letra del señor Fajardo.

Los agentes de policía y los timoratos de la comandancia

veían con terror el papel y murmuraban llenos de pánico: "Mosca," "Quiropedista."

Al día siguiente los periódicos anunciaron que las autoridades habían descubierto una vasta conspiración que tendía á derribar el imperio y plantear el gobierno de los disidentes.

## IX.

El terror comenzó á cundir en el mundo imperial: los comisarios, el arzobispo, los consejeros, los generales, todos los que tenían una suma para el pasaje, huían espantados del territorio mexicano.

Maximiliano veía deshojarse el árbol de la monarquía al soplo del huracán revolucionario.

Al recibir el desgraciado archiduque tantas tarjetas de despedida, se volvió á uno de sus secretarios y dijo con voz entre conmovida y colérica:

"Yo he visto que en los sitios y en los naufragios se salvan primero las mujeres; pero aquí los hombres son los que toman la delantera."

La corte toda se evaporaba, los cuerpos y las asociaciones se disolvían, los más entusiastas entraban en retraimiento, y sus amigos más fieles se encogían de hombros y no daban solución al problema.

La tropa comenzaba á desmoralizarse, y la sociedad indiferente á cargarse en el platillo republicano.

Cruces, cintas, condecoraciones, escudos, todo se eclipsaba por completo.

Los sombreros blancos escaseaban, los bordados entraban al fuego, los uniformes iban á los montes de piedad como á un cementerio, y todo revelaba que la monarquía estaba á las puertas de la tumba.

Los imperiales saludaban dulcemente á los republicanos y les daban la *acera*.

Todos hablaban en las tertulias y festines de *reconciliación nacional*, y se elogiaba *sotto voce* á Don Benito Juárez, y se temblaba al oír el nombre de Lerdo.

Los partes de las batallas de la Carbonera, Oaxaca y Miahuatlán, se leían en secreto, y nadie ignoraba que Tavera al retirarse de Toluca con la familia monárquica, había sufrido un descalabro en el Monte de las Cruces, por las fuerzas de Riva Palacio á las órdenes del valiente y audaz calavera Pancho Vélez y de los acreditados coroneles Lalanne y Bernabé La Barra.

Se sabía que en los alrededores se reunían las fuerzas todas del Valle, y que las tropas del Sur al mando de Jiménez, pesadilla eterna de los conservadores, se dirigían á Toluca donde se las esperaba para dirigirse con toda la división á Querétaro, foco de las fuerzas imperiales, y sitio destinado para una próxima batalla.

## X.

Maximiliano estaba perplejo, acobardado, irresoluto, no se creía seguro en la capital, y marchó con el ejército al interior rodeado de sus generales.

En el camino tuvo un encuentro con la guerrilla de Frago, que salió á inquietar la marcha de los imperiales.

Maximiliano, para darse valor, cargó personalmente sobre los guerrilleros, que según su táctica, después de disparar sus armas sobre la escolta del emperador, se dispersaron.

En buena ley este lance fué una *reclutada*, porque ningún general hace el papel de explorador, comprometiendo su vida, si no es en un lance en que el valor personal decida de una gran batalla, como Napoleón en el Puente de Arcole, como Zaragoza en la batalla de Silao.

El desgraciado archiduque se puso al frente de sus soldados y abrió decidido la campaña, situándose en la ciudad de Querétaro, cuyo ingrato suelo se regaría más tarde con la sangre de uno de los descendientes de Carlo Magno.

## CAPITULO DECIMO.

EL 24 DE MAYO.

## I.

Miramón instaba en los consejos de guerra celebrados ante Maximiliano, para que se saliera al encuentro de los republicanos, porque de aglomerarse las fuerzas enemigas ya sería empresa difícil sostener con éxito una batalla.

Márquez tenía miedo, porque ese miserable es un cobarde, que ha adquirido alguna fama combatiendo grupos desarmados y sin disciplina.

Márquez es un ente degradado, un harapo sangriento, una sabandija venenosa que hiere á mansalva.

Si pudiéramos en estas páginas dispensarnos de la vergüenza de hablar de ese asesino, lo haríamos gustosos; pero tenemos, para pintar la historia, que hacer lo que las gelondriñas para formar su nido, arrastrarse un momento por el fango.

Márquez, decíamos, tenía un pánico horrible, aconsejaba esperar.

Los republicanos acudían en masa al punto donde los provocaba el estandarte de los grifos.

Escobedo, para establecer sus puntos avanzados, dió un ataque al cerro de San Gerónimo, lanzándose á la vez sobre la fortaleza de la Cruz para llamar la atención del enemigo.

Después de un combate sangriento, los republicanos quedaron dueños del cerro y avanzados sobre la ciudad.

## II.

La ciudad de Querétaro está situada en el fondo de una cañada; tiene por vigía las cumbres gigantes del *Cimatario*.

El cerro de las *Campanas*, con su armadura de granito, vela por esa deidad encantadora que humedece su frente en las aguas azuladas y transparentes de sus linfas termales.

Vive solitaria en sus jardines, adormecida por la esencia que se exhala de su naturaleza exuberante y el viento que se abrasa en sus vapores caliginiosos.

Mecida bajo un cielo purísimo, cruza lo por iris y celajes, corona su inmortal cabeza con las rosas de primavera y las húmedas y profusas hojas del verano.

Esa virgen de la montaña se ha tornado en anacoreta.

Su horizonte está cubierto de cúpulas y torres.

Su atmósfera se agobia saturada de incienso, y sus ambientes arrastran por tres veces cada sol el solemne toque *del Ave María*.

La revolución vino á apagar tus cantos religiosos, á transformar tus templos en fortalezas y en prisiones, á improvisar en patíbulo esa pirámide, ara de tus sacrificios, en el Sinaí de tus creencias, de donde se desprendía el aroma de las flores para llegar en alas de los ángeles al trono del Todopoderoso.

Has atravesado por una vía dolorosa para formar uno de los monumentos de la inmortalidad.

No te inquiete el viento de los siglos, ellos pasarán sin rozar con sus alas tu frente de piedra.

¡De hoy más tu nombre se invocará en los cantos de la tragedia humana!

## III.

Como lo había previsto el joven general, ya no era tiempo de aventurar una batalla decisiva, porque el enemigo en número considerable, emprendía su obra de circunvalación.

Márquez comprendió que estableciendo un sitio riguroso el ejército caería prisionero, y no quería verse en lance tan apurado.

Maximiliano, influenciado por sus consejos, y dando oído á sus promesas sobre levantar un ejército en la capital y hacerse de recursos, lo nombró lugarteniente del imperio con facultades omnímodas y con órdenes para que el consejo de ministros, árbitro entonces de la situación, se sujetase en todo á las instrucciones del lugarteniente.

Márquez salió el 22 de Marzo por el rumbo de Amealco con ochocientos caballos.

Los sitiadores tenían descubierto ese flanco de la ciudad en espera de Riva Palacio que se acercaba á marchas forzadas.

Márquez estaba salvado desde aquel momento.

Cualesquiera que fuese el resultado de la lucha, él se halla, ba fuera de murallas, y la suerte del emperador y sus compañeros no le inquietaba en manera alguna.

Ese miserable, fingiendo una gran victoria, llegó á la capital donde se inició como en 861, cuando el robo de las convenciones; con empréstitos forzosos en que se daba tormento de hambre y de sed á los que no satisfacían las cuotas señaladas.

El lugarteniente del imperio era el mismo de siempre, como decía en sus proclamas, el hombre-rencor, el monstruo-sangre, la esfinge-parricida!

## IV

Riva Palacio había salido el 16 de Marzo de Toluca con una división de cuatro mil hombres y seis piezas de artillería de montaña.

Llegó el 22 frente á la *Cuesta China*, el 23 se situó en la hacienda de Miranda, y el 24 se dirigió resueltamente sobre la ciudad.

Hemos dicho que la parte Sur de Querétaro estaba abandonada.

Esa parte comprendía desde las lomas del *Cimatario* hasta la hacienda de San Bernabé, punto por donde Márquez había practicado su salida la noche del 22.

En la parte Sur de la ciudad está un edificio llamado la *Casa Blanca*, que los imperiales habían fortificado terriblemente.

La Casa Blanca está frente al *Cimatario*, punto que debía ocupar Riva Palacio para cerrar el círculo del sitio.

Medja un llano entre el cerro y la Casa Blanca.

En la alameda había fortificaciones para apoyar la izquierda del edificio de que vamos hablando, y entre éste y la alameda había situadas baterías de fuerte calibre.

La Casa Blanca estaba protegida en su flanco derecho por el Cerro de las Campanas.

La posición era punto menos que inexpugnable.

Para establecerse la línea debía darse un asalto falso á la Casa Blanca.

Riva Palacio formó dos columnas de mil hombres cada una, avanzó la caballería por la izquierda y lanzó las masas compactas sobre los dos flancos del enemigo.

La columna derecha la mandaban Vélez y Jiménez; estos nombres tienen un gran significado en el huracán de los combates.

La columna izquierda se confió á Canto y Merino.

Ugalde mandaba la caballería que era muy escasa.

El combate estaba empeñado.

## V.

Los imperialistas al ver los preparativos del campo republicano, situaron una fuerza de las tres armas en las calles contiguas á la Casa Blanca y esperaron la llegada de las columnas que avanzaban á paso de carga.

Luego que estuvieron dentro de tiro, las baterías cruzaron sus fuegos y en menos de media hora habían puesto fuera de combate á ochocientos de los asaltantes.

Mientras el valeroso Jiménez, ese espíritu de la serenidad y de la abnegación, alentaba á sus soldados, y Vélez los metía, por decirlo así, sobre los fuegos del enemigo, lo mismo que Canto y Merino, Riva Palacio enviaba por un refuerzo porque sus soldados caían como árboles que desarraiga el huracán.

Las columnas llegaron hasta disparar sus armas sobre el parapeto.

Estaban á medio tiro de fusil.

El auxilio no llegaba aún, cuando la caballería enemiga se

desprendió como una nube de tormenta sobre el llano y se la zó sobre la columna de Vélez y Jiménez, que la recibió à la bayoneta.

Entonces el coronel La Barra con su imperturbable sangre fría se puso al frente de unos escuadrones en que iban los valientes Eulalio Núñez y Figueroa.

Trabóse un combate desesperado y la caballería enemiga tomó iglesia tras de sus parapetos después de sufrir pérdidas considerables.

## VI.

En esos críticos momentos llegó el refuerzo mandado por el general Joaquín Martínez.

Aquella columna era la de la juventud.

Allí venían Florentino Mercado, su hermano, Peña y Ramírez, Castañeda y Nájera y tres de los héroes de nuestra novela.

Pablo Martínez saludaba à la libertad con entusiasmo, y à su grito respondía un clamoreo ardiente de patriotismo.

Riva Palacio condujo esta columna personalmente y atacó el centro del enemigo.

Las baterías no cesaban de vomitar fuego, y con él, la muerte y el exterminio.

Una granada cayó entre la columna y reventó con estrépito horrible.

Cuando el humo se hubo disipado, habían desaparecido multitud de aquellos jóvenes patriotas.

Florentino y su hermano quedaban, como buenos, en el campo de batalla.

El bronce tornó à abrir un surco en la columna, entonces Peña y Ramírez, el joven abogado, el patriota desinteresado y valeroso era el que regaba con su sangre la arena del combate.

Pablo Martínez disparó su pistola sobre el parapeto.

Los clarines tocaban retirada.

Las tres columnas comenzaron su movimiento retrógrado en medio del fuego hasta ponerse fuera de tiro en línea de batalla.

La línea de circunvalación estaba establecida.

Los clarines tocaron lista.

¡Ay! cuántos valientes faltaban de entre sus amigos!

¡Ya no volverán nunca à sus filas ni à saludar à su estandarte!

Jiménez llamó con ansiedad al coronel Avilés; éste había acudido antes al llamado de Dios.

Arellano llegó herido mortalmente en brazos de sus compañeros.

El general Riva Palacio tenía fija la mirada sobre el campo donde yacían tendidos los cadáveres de sus soldados.

¡Aquél corazón estaba desgarrado!

Enrique y Don Serafín iban en el grupo de Florentino Mercado.

Un caso de granada había roto una pierna à Enrique y matado à su caballo.

El desgraciado joven, y árido como la muerte y ensangrentado, yacía tirado en el llano y al rayo de un sol abrasador.

—Martínez, dijo llorando Don Serafín, Enrique está ahí y no hay medio de libertarlo.

—¿A dónde? preguntó el guerrillero, rechinando los dientes de coraje.

—Allí, cerca del parapeto; con el auxilio de los anteojos se le ve levantar la cabeza.

Martínez tomó los anteojos, se fijó bien en el lugar donde estaba su protegido, cargó su mosquete y se lanzó à toda carrera hasta el sitio donde estaba el herido.

Una descarga de fusilería recibió al guerrillero.

—¡Echen candela, traidores! gritaba Martínez arriscándose el sombrero y disparando su mosquete.

Los soldados seguían haciendo fuego.

Bajóse de su caballo, que era un arrogante bayo-lobo.

Martínez, decía Enrique, me muerdo, levántame.

Acercóse Martínez, levantó con cuidado al enfermo, que se desangraba terriblemente, y lo puso sobre el caballo.

El noble animal se estuvo quieto.

—¿Está usted bien? preguntó el guerrillero.

—Sí, murmuró Enrique, bañando con su sangre los arneses del Caballo.

Los soldados de la trinchera estaban empeñados en matar à Martínez.

Un jefe apoyó su rifle en el parapeto, y en los momentos en que Pablo montaba en el bayo-lobo, hizo el disparo.

La bala vino à pasar bajo el brazo de Martínez, y se introdujo en el costado de Enrique.

—Maldición! gritó el guerrillero, y volviendo grupas al caballo, se acercó al parapeto y disparó el mosquete sobre el asesino de Enrique.

Aquel tiro, que viniendo de una mano trémula de coraje no podía tener una puntería certera, por una de aquellas casuali-

dades que no se explican, envió la bala á la frente de quien iba dirigida.

El jefe se derrumbó sobre los adobes de la trinchera, donde dejó los sesos.

—Ya estoy vengado! gritó, Martínez, y se encaminó á su campamento, llevando en brazos á su moribundo amigo,

Cuando los imperiales acabaron de solemnizar su victoria, advirtiéndose que los republicanos habían atacado la Casa Blanca sin ánimo de tomarla, mientras sus columnas formaban un cerco de circumvalación.

Aquel simulacro costó á la patria la existencia de sus hijos más predilectos.

El 24 de Marzo entró en las sombras del pasado, llevando una página gloriosa coronada de cinerarias y siemprevivas.

## CAPITULO UNDECIMO.

### LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

#### I.

El hospital de sangre se había establecido en la Fábrica del Hércules, propiedad de D. Cayetano Rubio.

El Hércules es un establecimiento modelo, una fábrica de hilados de todo lujo.

En derredor de aquella finca se ha formado un pueblo con la colonia de los trabajadores.

El rico propietario es uno de los hombres de negocios más distinguido por su capacidad.

Rubio no ha hecho negocios en pequeño, siempre ha abarcado algo grande que aduna sus intereses al bien de la clase pobre, avara el trabajo y ocupación.

Rubio estableció las fábricas de Tlalpam, donde un pueblo de operarios bendice su nombre.

Nosotros condenamos el egoísmo de los hombres que entregados al amor tempestuoso de la especulación, no comparan con el desgraciado ni aún sus simpatías; para ellos tendremos siempre un anatema, así como nuestra pluma se honrará siempre en tributar justos y merecidos elogios á los que con su conducta filantrópica llevan al terreno práctico las teorías democráticas.

#### II.

No hay pluma que pueda llegar á la altura de un espectáculo tan horrible, como el que presenta un hospital de sangre.

Un campo de batalla es un cuadro de felicidad, si se compara con una sala de amputación.

Las camillas de la ambulancia se habían reservado para los jefes.

Los soldados yacían en el suelo agrupados, confundidos, amontonados, mezclando su sangre que corría por el aposento y salpicaba las paredes.

Gritos, maldiciones, rezos, ayes de dolor, todo se confundía.

El estertor de los moribundos se apagaba entre aquellos clamores de la agonía.

En un rincón de la sala y frente á una ventana, estaba colocada una mesa, donde ponían al herido para operarlo.

Aquello era peor que el potro del tormento.

Los médicos de la ambulancia parecían unos carniceros: se habían despojado de las levitas y chalecos; su camisa estaba arremangada en lo alto de los brazos, y sus rostros y camisas todo estaba manchado de sangre.

Luego que el soldado se colocaba en la mesa fatal, lo desnudaban, veían si su herida necesitaba mucho cuidado para evitar la amputación, y donde calculaban que era así, procedían á ella y la ejecutaban rápidamente, sin cuidarse de los horribles gritos y maldiciones del herido.

Los miembros eran arrojados á un patio donde los perros se los disputaban.

Cansados los practicantes y médicos, salían á tomar aliento.

Mientras, se morían algunos desgraciados con la pérdida de su sangre.

Cuando se observaba que al grito dejaba de existir, dos de los mismos soldados lo sacaban al patio, donde lo recogían sus madres ó esposas.

Entonces se oían ahullidos espantosos, gritos de desolación y maldiciones al imperio.

Los médicos volvían entrar, y se renovaba aquella escena de sangre, capaz de amedrentar el corazón más empedernido.